

Jean-Baptiste Andrea

Cuidar de ella



AdN

Jean-Baptiste Andrea

Cuidar de ella

Traducido del francés por
María Dolores Torres París

AdN

Título original: *Veiller sur elle*

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con L'Iconoclaste, BAM Literary Agency, Paris y The Ella Sher Literary Agency. Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2024
Primera reimpresión: agosto de 2024

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© L'Iconoclaste, París, 2023
© de la traducción: María Dolores Torres París, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-30-8
Depósito legal: M. 4210-2024
Printed in Spain

Para Berenice

Son treinta y dos. Treinta y dos almas las que ese día de otoño de 1986 todavía viven en el monasterio, al final de una carretera capaz de hacer palidecer a quienes transitan por ella. En mil años nada ha cambiado. Ni la pendiente de la vía ni el vértigo. Treinta y dos corazones fuertes —hay que serlo cuando se vive encaramado al borde del precipicio—, treinta y dos cuerpos que también lo fueron en su juventud. Dentro de unas horas serán uno menos.

Los hermanos forman un círculo alrededor del que se va. Ha habido un sinfín de círculos, un sinfín de despedidas desde que la Sacra alza sus muros por encima de ellos. Ha habido innumerables momentos de gracia, de duda, de cuerpos que se resisten a la sombra que llega. Ha habido y habrá otras partidas, por eso se limitan a esperar pacientemente.

Este moribundo no es como los demás. Es el único de la abadía que no ha profesado. Sin embargo, se le ha permitido quedarse durante cuarenta años sin que hubiese pronunciado los votos. Cada vez que se cuestionó su permanencia o se hicieron preguntas, llegaba un purpurado, siempre uno distinto, y zanjaba la cuestión. «Se queda». Forma parte del lugar, casi tanto como el claustro, las columnas, los capiteles romá-

nicos, cuyo estado de conservación debe mucho a su talento. De modo que, por ese lado, ninguna queja, el huésped paga con creces su estancia.

Del cobertor de lana marrón solo sobresalen los puños, a ambos lados de la cabeza, de un niño de ochenta y dos años presa de una pesadilla. La piel, amarillenta, parece a punto de resquebrajarse, una vitela estirada sobre ángulos demasiado afilados. La frente, perlada de sudor, encerada por una fiebre grasienta. Antes o después le fallarán las fuerzas. Lástima que no haya respondido a sus preguntas. Un hombre tiene derecho a sus secretos.

De todas formas, los monjes tienen la impresión de saber. No todo, pero sí lo esencial. A veces, las opiniones difieren. Para aliviar el aburrimiento, quién lo diría, se entregan con fruición al chismorreó. Es un criminal, un exclaustro, un refugiado político. Algunos dicen que está retenido contra su voluntad —la teoría no se sostiene, lo han visto ir y venir—, otros afirman que está allí por su propia seguridad. Y por último, la versión más popular, y más secreta, porque aquí el romanticismo solo entra de matute: está ahí para cuidar de *ella*; a la que espera, en su noche de mármol, a unos cientos de metros de la austera celda. A la que espera pacientemente desde hace cuarenta años. Todos los monjes de la Sacra la han visto alguna vez. A todos les gustaría volver a verla. Bastaría con pedirle permiso al padre Vincenzo, el prior, pero pocos se atreven a hacerlo. Quizá por miedo a los pensamientos impíos que inquietan, según dicen, a quienes se acercan demasiado a ella. Y pensamientos impíos tienen de sobra los monjes cuando en el corazón de las tinieblas son perseguidos por sueños con rostro de ángel.

El moribundo se estremece, abre los ojos y los cierra de nuevo. Uno de los hermanos jura haber leído en ellos alegría.

¡Qué equivocado está! Le colocan un paño frío sobre la frente, en los labios, con dulzura.

El enfermo vuelve a agitarse y por una vez todos parecen de acuerdo.

Está tratando de decir algo.

Por supuesto que estoy tratando de decir algo. He visto al hombre volar, cada vez más rápido, cada vez más lejos. He sobrevivido a dos guerras, he visto desmoronarse naciones, he cogido naranjas en Sunset Boulevard, ¿no os parece que tengo algo que contar? Perdón, hermanos, soy un desagradecido. Me habéis vestido, me habéis alimentado cuando no teníais nada, o muy poco, desde el mismo momento en que decidí ocultarme entre vosotros. Pero he guardado silencio demasiado tiempo. Cerrad las contras, la luz me hierde los ojos.

Está inquieto. Cierre las contras, hermano, parece que le molesta la luz.

Las sombras que me velan a contraluz, con este sol del Piemonte, las voces que se alejan cuando el sueño se acerca. Qué rápido ha llegado todo. Hace apenas una semana todavía se me podía ver agachado en el huerto, o subido a una escalera con tantas cosas como había que reparar. Al ritmo lento que me imponía mi edad, sin duda, pero, habida cuenta de que a mi nacimiento nadie daba un céntimo por mí, mi caso era digno de admiración. Y luego, una mañana, ya no pude levantarme. Leí en vuestros ojos que era mi turno, que pronto doblaría la campana y que me llevaríais al carmen frente a la

montaña, donde crecen las amapolas sobre siglos de abades, iluminadores, cantores y sacristanes.

Está muy grave.

Las contras chirrían. Llevo aquí cuarenta años y siempre han chirriado. Bendita oscuridad, por fin todo negro. Negro como en el cine —que he visto nacer—. Un horizonte vacío, primero nada. Una planicie cegadora que, a fuerza de mirarla, mi memoria puebla de sombras, de siluetas que se convierten en ciudades, bosques, hombres y animales. Avanzan, se plantan en el escenario. Son mis actores. Reconozco a algunos, no han cambiado. Sublimes y ridículos, fundidos en el mismo crisol, indisociables. La moneda de la tragedia es una rara aleación de oro y pacotilla.

Solo es cuestión de horas.

¿Cuestión de horas? No me hagáis reír. Hace mucho que estoy muerto.

Otra compresa fría. Parece calmarlo.

Pero ¿desde cuándo los muertos no pueden contar su historia?

El Franchute. Siempre he detestado ese apodo, aunque me han insultado con otros mucho peores. Todas mis alegrías, todas mis desdichas proceden de Italia. Vengo de una tierra donde la belleza siempre pende de un hilo. Dejadla dormir cinco minutos y la fealdad la degollará sin piedad. Los genios crecen aquí como la mala hierba. Se canta como se mata, se dibuja como se engaña, se ponen a mear los perros en los muros de las iglesias. No es casualidad que sea un italiano, Mercalli, quien dé nombre a una escala de destrucción, la de la intensidad de los temblores de tierra. Una mano derriba lo que la otra ha edificado y la emoción es la misma.

Italia, reino de mármol y basura. Mi país.

Pero el hecho es innegable: nací en Francia en 1904. Para mejorar su suerte, mis padres, recién casados, habían dejado la Liguria quince años antes. Lo que les cayó en suerte fue que los llamasen *ritals*, «refugiados italianos», les escupiesen, se burlasen de su forma de rodar las erres —lo que no deja de ser paradójico, porque, hasta donde yo sé, la palabra *rodar* empieza por *r*—. Mi padre había escapado por los pelos de los disturbios racistas de Aigues-Mortes en 1893; dos de sus amigos se habían quedado allí: el valiente Luciano y el viejo Salvatore. Nunca más se los mencionó sin esos adjetivos.

La mayoría de las familias prohibieron a sus hijos hablar la lengua materna para no «parecer un *rital*». Los restregaban con jabón de Marsella con la esperanza de blanquearlos un poco. Los Vitaliani no. Hablábamos como italianos, comíamos como italianos. Pensábamos como italianos, es decir, a golpe de superlativos, donde la muerte era invocada a menudo, las lágrimas abundaban y las manos rara vez quedaban en reposo. Maldecíamos y arrojábamos sal por encima del hombro para alejar la mala suerte. Nuestra familia era un circo y estábamos orgullosos de ello.

En 1914, el Estado francés, que se había mostrado tan pusilánime en proteger al valiente Luciano, al viejo Salvatore y a tantos otros, determinó que mi padre era, sin ningún género de dudas, un buen francés, digno de ser llamado a filas, en tanto en cuanto un funcionario, por error o por una mala pasada, lo había hecho diez años más joven al copiar su partida de nacimiento. Se fue cabizbajo, sin flor en su fusil. Su propio padre había dejado la vida en la Expedición de los Mil en 1860. El *nonno* Carlo había conquistado Sicilia con Garibaldi. No era una bala borbónica lo que lo había matado, sino una prostituta de dudosa higiene del puerto de Marsala, un detalle sobre el que preferimos correr un tupido velo en la familia. El hecho incontrovertible es que había muerto y el mensaje era claro: la guerra mata.

Y la guerra mató a mi padre. Un gendarme se presentó un día en el taller, encima del cual vivíamos, en el valle de Maurienne. Mi madre abría todos los días las puertas del taller por si le hacían algún encargo que su marido pudiera cumplir a su regreso; antes o después habría que volver a tallar la piedra, restaurar gárgolas o desbastar fuentes. El gendarme adoptó un gesto de circunstancias, pareció aún más compungido cuando me vio, carraspeó dos o tres veces, nos comunicó que había caído un obús y eso fue todo. Cuando mi ma-

dre, muy digna, le preguntó cuándo repatriarían el cuerpo, tartamudeó, explicó que había caballos en el campo de batalla y otros soldados, que un obús causaba estragos y que, en consecuencia, no siempre se sabía quién era quién, o incluso qué era hombre y qué era caballo. A mi madre le pareció que el gendarme estaba a punto de echarse a llorar y no se le ocurrió nada mejor que ofrecerle un vaso de *amaro* Braulio —jamás vi a un francés beberlo sin hacer una mueca—, y la pobre no lloró hasta muchas horas después.

No es que yo me acuerde de todo esto, por supuesto, porque apenas lo recuerdo. Conozco los hechos y los restauro con unas pinceladas de color, esos colores que ahora se me escapan entre los dedos en la celda que ocupo desde hace cuarenta años en la cima del monte Pirchiriano. Todavía hoy —al menos hasta hace unos días, cuando era capaz de hacerlo— hablo mal el francés. No me llaman el Franchute desde 1946.

Unos días después de la visita del gendarme, mi madre me explicó que en Francia no podría proporcionarme la educación que necesitaba. Su vientre ya se redondeaba con un hermano o una hermana —que nunca nació, al menos con vida—, y me comió a besos, explicándome que me hacía partir por mi bien, que me mandaba de regreso a nuestra tierra porque creía en mí, porque veía mi amor por la piedra pese a mi corta edad, porque sabía que estaba llamado a hacer grandes cosas y que por algo me había puesto el nombre que me había puesto.

De los dos fardos que he llevado a cuestas toda mi vida, mi nombre es sin duda el más ligero. Sin embargo, lo odiaba con todas mis fuerzas.

Mi madre bajaba a menudo al taller para echar una mano a su marido. Se enteró de que estaba embarazada cuando sin-

tió que me sobresaltaba con el golpe de un cincel. Hasta ese momento, mi madre no había escatimado esfuerzos, ayudando a mi padre a mover bloques enormes, lo que quizás explique lo ocurrido después.

—Será escultor —anunció.

Mi padre rezongó alegando que era un trabajo sucio en el que las manos, la espalda y los ojos se desgastaban mucho más rápido que la piedra, y que, si no eras Miguel Ángel, más te valía ahorrarte todo eso...

Mi madre asintió y decidió echarme un capote.

Me llamo Michelangelo Vitaliani.

Descubrí mi país en octubre de 1916, en compañía de un devoto de Baco y una mariposa. El borrachín era un conocido de mi padre que se había librado de la leva gracias al estado de su hígado, pero el giro de los acontecimientos sugería que su cirrosis no lo protegería mucho más tiempo. Reclutaban a niños, a ancianos, a cojos. Los periódicos decían que estábamos ganando la partida, que los boches pronto serían historia. En nuestra comunidad, la noticia de que Italia se hubiese coligado con los aliados el año anterior había sido recibida como una promesa de victoria. Los que volvían del frente cantaban otra canción, eso los que aún tenían ganas de cantar. El *ingegnere* Carmone, que como el resto de los *ritals* había rastrillado sal en Aigues-Mortes y luego había abierto una abacería en Saboya —donde consumía buena parte de sus existencias de vino—, había decidido regresar. Puestos a morir, mejor en su país, con los labios escarlatas del montepulciano para conjurar el miedo.

Su país eran los Abruzos. De natural amable, accedió a dejarme en casa de Zio Alberto, que le pillaba de camino. Lo hizo porque sentía un poco de lástima por mí y también, creo yo, por los ojos de mi madre. Los ojos de las madres siempre tienen algo especial, pero los de la mía tenían el iris de un extraño

azul, casi violeta. Habían provocado más de una pelea a puñetazo limpio, hasta que mi padre decidió poner orden en todo aquello. Las manos de un cantero son peligrosas, lo sé de buena tinta. La competencia había reculado rápidamente.

Mi madre derramó gruesas lágrimas violetas en el andén de la estación de La Praz. Mi tío Alberto, escultor como mi padre, se ocuparía de mí. Luego me juró que se reuniría conmigo tan pronto como vendiese el taller y ahorrara un poco. Era cuestión de semanas, unos meses a lo sumo; tardó veinte años. El tren resopló, escupió un humo negro cuyo regusto todavía puedo sentir, y se llevó al *ingegnere* borrachín y a su único hijo.

Digan lo que digan, a los doce años la tristeza no dura demasiado. No sabía hacia dónde se dirigía aquel tren, pero sabía que nunca había viajado en tren —o no lo recordaba—. La emoción dio paso rápidamente a la inquietud. Todo iba demasiado rápido. Tan pronto como me fijaba en un detalle, un abeto, una casa, desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Un paisaje no está hecho para moverse. Me sentí mal, hasta el punto de querer abrirme al *ingegnere*, pero el hombre dormía a pierna suelta.

Afortunadamente, apareció la mariposa. Entró en Saint-Michel-de-Maurienne y se posó en la ventanilla, entre las montañas que desfilaban y yo. Después de una breve lucha contra el cristal, se rindió y se quedó inmóvil. No era una mariposa bonita, una de esas maravillas de color y oro que vería más tarde en la primavera. Solo una mariposa mediocre, gris, un poco azulada si la miraba entrecerrando los ojos, una polilla aturdida por la luz del día. Pensé por un momento en torturarla, como todos los niños de mi edad, luego me di cuenta de que, mirándola fijamente, el único elemento en calma en un mundo impetuoso, mis náuseas desaparecían. La mariposa permaneció allí durante horas, enviada por una po-

tencia amiga para tranquilizarme, y tal vez fue mi primera intuición de que nada es realmente lo que parece, de que una mariposa no es solo una mariposa, sino una historia, algo enorme encerrado en un espacio muy pequeño, cosa que la primera bomba atómica confirmaría unas décadas más tarde y, tal vez, aún más, lo que yo dejo, mientras agonizo, en los cimientos de la abadía más hermosa del país.

Cuando el *ingegnere* Carmone despertó, me explicó su proyecto, porque tenía uno. Era comunista. *¿Sabes lo que es?* Yo había oído el insulto varias veces en la comunidad, allá en Francia, donde siempre había alguien que preguntaba si fulano o zutano lo era. Le respondí:

—Pfff, claro, es un hombre que ama a los hombres.

El *ingegnere* se echó a reír. Aunque, en cierto modo, era así, un comunista era un hombre que amaba a los hombres.

—Dicho sea de paso, no existe una forma incorrecta de amar a los hombres, ¿lo entiendes?

Nunca lo había visto tan serio.

La familia Carmone poseía un terreno en la provincia de L'Aquila, donde la geografía había cometido dos injusticias. La primera, era la única provincia de los Abruzos sin salida al mar. La segunda, los terremotos la asolaban a intervalos regulares, como a la Liguria de mis antepasados, excepto que la puñetera Liguria tenía salida al mar.

El terreno de los Carmone ofrecía una vista placentera del lago de Scanno. El *ingegnere* pensaba construir una torre montada sobre un gigantesco rodamiento de bolas y albergar allí a todos los proletarios de la redonda, todo ello por un alquiler moderado que a él le permitiría vivir decentemente —sobre todo porque, como buen comunista, se reservaba el último piso—. Gracias a dos tiros de caballos que se turna-

rían cada doce horas, el edificio giraría sobre sí mismo a lo largo del día. Sus arrendatarios disfrutarían así, sin excepción, sin explotadores ni explotados, de una vista del lago una vez al día. Tal vez en el futuro la electricidad sustituiría a los caballos, aunque Carmone reconocía que ese adelanto jamás llegaría tan lejos. Pero a él le gustaba soñar.

Los rodamientos también tendrían la ventaja, si se producía un temblor de tierra, de desacoplar la estructura del suelo. En caso de un terremoto de grado XII en la escala de Mercalli —fue él quien me enseñó este nombre—, su edificio tenía un treinta por ciento más de posibilidades de resistir que un edificio normal. El treinta por ciento no parece gran cosa, pero, teniendo en cuenta que el grado XII no era precisamente una broma, me explicaba poniendo los ojos en blanco, era una barbaridad.

Me abandoné a un duermevela, con los ojos fijos en mi mariposa, y entramos en Italia mientras el *ingegnere* me hablaba dulcemente de devastación.

Italia y yo nos abrazamos como viejos amigos en nuestro primer encuentro. Con las prisas por bajarme del tren en la estación de Turín, tropecé con el estribo del vagón y aterricé en el andén con los brazos en cruz. Me quedé allí un momento, ni se me pasó por la cabeza llorar, con la beatitud de un novicio en su ordenación. Italia olía a pedernal. Italia olía a guerra.

El *ingegnere* decidió tomar un carruaje. Era más caro que caminar, pero mi madre le había entregado un sobre con dinero y, de la misma manera que el vino está para ser bebido, afirmó, el dinero está para ser gastado, así que, si te parece bien, compramos un cuartillo de tinto del Po para el camino.

Cualquier cosa me parecería bien, pasmado como estaba por lo que descubría: soldados de permiso, una leva que se

Cuidar de ella

Premio Goncourt 2023

Mimo trabaja como aprendiz con un escultor de poca monta, aunque tiene talento. Viola Orsini es una heredera de una prestigiosa familia, pero tiene demasiada ambición para resignarse al papel de esposa que se le ha asignado desde la cuna.

No estaba previsto que el aprendiz y la aristócrata se conocieran. Pero, cuando se encuentran, juran no separarse nunca. Mimo y Viola no pueden vivir juntos ni estar separados durante mucho tiempo. Unidos por una férrea atracción, atraviesan años de furia cuando Italia cae en el fascismo. Mimo se venga del destino, pero ¿de qué le sirve la gloria si eso significa perder a Viola?

Una novela llena de entusiasmo y brillantez, tocada por la gracia y la belleza.

AdN

3655040

